



La lonja estaba cerrada, y sólo el olor penetrante de los cubos situados junto a la puerta delataba la actividad del amanecer. Un hombre mayor que caminaba delante de los policías se detuvo al ver la esquila de Justo Castelo. Se colocó en la punta de la nariz unas gafas que colgaban sobre su pecho y echó la cabeza hacia atrás para poder leer a través de los cristales. Leo Caldas sonrió. Durante años le habían mirado por encima de unas gafas. Las de su padre eran pesadas, de metal, sin el cordoncito ni la montura liviana que tenían las del hombre que leía la esquila. Sólo se las quitaba para dormir o para limpiarlas, empañándolas primero con aliento caliente y frotándolas después con un pañuelo blanco que guardaba en el bolsillo derecho del pantalón. Hacía ya mucho tiempo que su padre las había sustituido por unas lentes de visión progresiva, pero Leo recordaba su rostro al limpiar las viejas, sus ojos entornados y la huella rojiza del metal en la piel, un surco que convertía en una bola blanquecina el extremo de su nariz.

Los policías pasaron de largo y atravesaron la valla que daba acceso al recinto del club náutico de Panxón. A la izquierda estaban las escaleras que conducían al edificio social. Como tantos otros clubes náuticos, había sido construido a semejanza del puente de mando de un barco, con la silueta ondulante y las ventanas del segundo piso redondas como ojos de buey. (...)

